

ti (2006) hasta el reciente *Aquí* (2021), Francisco Caro (Piedrabuena, 1947) construye nueva estación con el libro *En donde resistimos*, impulsado desde el prestigioso catálogo de Hiperión tras conseguir el Premio “València” de la Institució Alfons El Magnànim. Es casi obligado recordar, antes de adentrarse en el discurrir de esta salida, que el entrelazado de la voz poética del escritor manchego tiene un sustrato narrativo en la estela argumental y se cimenta en dos espacios generadores: el fluir testimonial del sujeto y la continua presencia del tiempo.

Ese afán enunciativo está presente en el umbral de *En donde resistimos* que dicta su apertura con voz clásica, plena de limpidez y transparencia “porque sabe que en este / soplo de vida, / en esta sencillez que nada pide, / habita la humildad de la belleza”. El apunte lírico incide en la contemplación del entorno para buscar en su despliegue pautas vitales que conformen los estratos internos del pensar. Así comienza un conjunto que deja en su sección inicial “Conversaciones” la clave de apertura escritural: una visita a la casa de Juan Ramón Jiménez en Moguer. Las sensaciones dialogan entre sí, tras el silencio. Alrededor la luz recortando el paisaje y el deseo de capturar la magia de ese instante en la fotografía, mientras el sol declina.

La indagación del estar a solas busca, tras el etéreo cansancio de lo diario, la razón del poema. Las palabras tantean, se esfuerzan en describir el impulso vital mientras “esperamos a los bárbaros” con el rumor de fondo que convierte el tiempo en simple tránsito. Desde ese itinerario por la incertidumbre, reflejado en las formas del paisaje, la luz se queda dentro. Recorta una intensa conciencia de

finitud que atestigua que todo es cruce indefinido, un puñado de sombras que recuerda con ánimo encogido a los ausentes. En el poema “La noche con Antonio Cabrera” late el renacer del encuentro con la amistad y los destellos de una velada de palabras cómplices que mantiene intacto su aroma.

El quehacer del poema se afirma como un “desvelo de asuntos”. Están los elementos del paisaje en los que se custodia el rumor de la vida, y está siempre el poso de lecturas como esas Voces de Antonio Porchia que, desde el decir fragmentario del aforismo, advierten de la fragilidad austera de la tarde. Al cabo, en la caligrafía del poema se resguardan “las palabras hastiales” de la existencia para dar fe de sus infinitas variaciones, de sus laberintos y soledades. Así se conforma la identidad de un yo que se hace lugar y refugio, “Ciudad de espejos y habitación sellada / en donde resistimos”.

También explora la naturaleza cambiante del lenguaje, ese habitar conceptos y significados con la oscura sensación de que no podemos comprender lo que sentimos ni definir la hondura. El poema “Un hacer no sabiendo” percibe ese equilibrio sin fondo de las palabras, sus puntos de fuga: “Internarse / en aquello que no / puede decirse, / tal es la Poesía / Zambrano y su advertencia / ¿Qué más precisas / para buscarla –dices- o / para el descreimiento”.

En la lenta disolución de la realidad que propicia el incansable monólogo del tiempo germina con fuerza una certeza: “Del nocturno del mundo / volveremos sin nada, / si no es con la certeza de que amar es gastarse / y que gastarnos juntos es tenernos”. De ese modo, cada presencia sobrevive a su propia orfandad, resiste hasta la última